

EL MAESTRO DEL PLACER

Jessica Trapp



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Master of Pleasure
Traducción: Silvina Merlos

- © 2005 Jessica Trapp. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Mayo 2008

ISBN: 978-84-92431-14-4

Depósito Legal: M-20883-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

*A Joe Trapp
Soy tuya y tú eres mío.
Eres y siempre serás mi héroe.*

Agradecimientos

Podría escribir un libro entero nombrando a las personas a las cuales les estoy agradecida. Esta lista apenas logra su cometido.

Gracias, Joe, por tu amor incondicional, por creer en mí, y por un millón de otras cosas más.cosas.

Gracias, James, por ser el mejor niño en la faz de la tierra.

Gracias, madre, por sostener mi mano y nunca dejar de apoyarme. Gracias, padre, por tu ayuda.

Gracias, Babette de Jongh, Betty Pichardo y Paulette Heidbreder, por vuestro apoyo, amistad y severa crítica. Mi vida ha cambiado infinitamente para mejor gracias a vosotros. Gracias, Kay Austin, por tu consejo editorial y tu amistad. Gracias, Lori Mathias, por tuvuestra ayuda todos estos años. Gracias, Debbie Scheel, Deanne Gatewood, y Dawn Temple —, gracias por ser como sois.

Gracias a cada juez de concurso y cada persona que me ha ofrecido consejo a la hora de escribir. Aprecio el tiempo y el esfuerzo que han dedicado a ayudarme.

Gracias, Rita Gallager, por marcar la diferencia.

Gracias, Sha-Shana Crichton y John Scognamiglio, por recibir a un nuevo autor.

Capítulo 1

Castillo Whitestone, noviembre de 1470

Lady Meiriona miraba cómo una diminuta araña negra tejía hebras de seda en el marco de la puerta mientras esperaba para traicionar a su prometido.

El pie enfundado en una sandalia daba golpecitos impacientes contra el suelo de la capilla de baldosas negras y rojas. Si solamente pudiese lograr que su padre entendiera que el compromiso matrimonial debía anularse con diplomacia y no por la fuerza...

Desde su sitio, sentada en el primer banco, miraba el escondite de su padre, en la parte de delante de la iglesia, luego la puerta abierta de la capilla, y otra vez a su padre. ¿Por qué los hombres no entendían que la violencia sólo engendra más violencia?

—Prométeme que no lo asesinarás, padre. Fuérralo a que firme los documentos y terminemos con esto.

—Haré lo que creo que es mejor. —La voz de su padre retumbó detrás de un biombo de madera pintado con imágenes bíblicas. Colores brillantes cruzaban el biombo que mostraba la imagen de una mujer que clavaba la cabeza de un hombre al suelo.

El aire de la iglesia tenía un dejo a incienso que le provocaba ardor en las fosas nasales y el miedo le revolvía el es-

JESSICA TRAPP

tómago. Quizás ella era la mujer de la pintura y el hombre su prometido. Entrelazó las manos para disimular el temblor y las cubrió con el terciopelo verde de su vestido.

—Odio ser el señuelo, padre. Estoy segura de que el compromiso puede anularse de otro modo.

—No hay otro modo. —La voz iracunda de su padre resonó en el oscuro santuario vacío. A pesar de estar escondido en la penumbra, Meiriona podía sentir su agitación—. Edward nos forzó a contraer este compromiso matrimonial y lo romperemos por la fuerza. Te quedarás sentada allí hasta que esto acabe.

Meiriona se puso rígida; el metal del corsé raspó contra el banco de la iglesia y se le clavó en la piel.

—Ya no soy una niña, padre. —El tono de su voz fue desafiante, incluso para sus propios oídos. Odiaba que la utilizara a su antojo.

—Apenas tienes quince años.

—Lo suficiente como para contraer matrimonio —contestó.

La figura alta y delgada de su padre apareció por detrás del biombo pintado; las manos en puños. La cota de malla resonó y su chaleco carmesí se onduló mientras caminaba decidido hacia Meiriona. La encrespada barba gris tiritaba de la ira. Unas mechazas grises colgaban por delante de su rostro, como si se hubiese colocado el casco sin preocuparse primero por mover el cabello a un lado.

—¡Desafíame y desde luego asesinaré al bastardo!

Golpeó el puño acorazado contra la tela blanca que cubría el altar grueso de madera. Un candelabro cayó a las baldosas y las velas sin encender rodaron por el suelo.

Meiriona le dio unos golpecitos a la toca almidonada con un gesto que delataba nerviosismo, pero lo miró a los ojos sin echarse atrás. ¿Por qué los hombres preferirían la guerra cuando mediante la diplomacia se puede lograr el mismo objetivo? Los cementerios ya desbordaban de víctimas por el conflicto entre la Casa de Lancaster y la Casa de York.

EL MAESTRO DEL PLACER

Su padre se desplazó con furia a través de la alfombra de color rojo sangre que cubría el pasillo de la fría iglesia. Se detuvo justo frente a ella.

—Mira, hija, ¿eres de Lancaster o de York?

—Padre, por favor. Tú sabes que mi lealtad es verdadera. —Lo miró fijo mientras sus dedos recorrían el borde del banco de roble—. Pero Henry ha recuperado el trono. Quizás podamos romper el compromiso de matrimonio legalmente.

—¿Legalmente? ¡Bah! —El puño revestido con un guante de acero golpeó el aire como peleando contra monstruosos demonios invisibles—. ¿Acaso a tu madre la violaron legalmente?

Meiriona se encogió y apretó la mandíbula para reprimir las lágrimas que nunca se permitía derramar.

—Yo misma limpié la sangre de los muslos de mi madre después de que ese canalla de York la violó. No dudes de mi sinceridad.

Su padre se inclinó hacia delante para besarle la frente; una expresión de amor bravío brillaba en sus ojos.

—Eres muy parecida a tu madre. Cuando me uní en matrimonio con mi Catrin, ella era puro fuego y destello. Cabellos rojos y ojos verdes. No traicionaré su memoria permitiendo que te unas en matrimonio con un partidario de la casa de York.

Ella tiró de su descolorido chaleco carmesí enderezándolo como solía hacerlo siempre.

—Quizás el Rey Henry esté de acuerdo con nosotros en no llevar a cabo esta unión matrimonial. Pero no usurpes su autoridad matando a este hombre.

El padre negó con la cabeza. El metal del casco brilló y arrojó destellos de colores por toda la capilla ricamente decorada mientras el sol de la mañana se colaba por los coloridos cristales de las ventanas.

—Soy demasiado blando contigo —se quejó.

—Nunca has sido blando —aseguró—. Pero Godric de Montgomery es inocente.

JESSICA TRAPP

—¡Ja! —Los hombros de su padre se enderezaron con renovado vigor. Los ojos se le salían de las órbitas como los de un toro enardecido—. Ninguno de los partidarios de la casa York es inocente. Son asesinos y traidores de nacimiento. ¡Que ardan todos en el infierno por traicionar a nuestro misericordioso Rey Henry y por lo que hicieron con mi amada Catrin!

—¡Padre, por favor! —Meiriona se estremeció y deseó que él se convirtiera en aquel risueño y compasivo padre que solía ser antes de la violación de su madre y su posterior muerte al nacer el niño. Desde aquel momento, perdía los estribos con demasiada frecuencia.

Una trompeta sonó y su padre se aquietó.

—El bastardo de York llegará aquí en cualquier momento y todo habrá terminado.

Despegó los ojos de los de su padre y espío por la puerta abierta. Una figura alta entró a la capilla, caminado con el paso arrogante de quien ha sido recientemente nombrado caballero.

—¡Mira, hija, aquí viene!

Palideció al ver por primera vez a su prometido. Una oleada de culpa la invadió y sintió pena por el hombre que caminaba por el pasillo de hierba pisoteada. Era un bastardo, un hombre sin familia. Su padre lo había convocado urgentemente con la excusa de que la boda debía llevarse a cabo inmediatamente. Había sido avisado con tan poca antelación que tal vez su prometido no había conseguido compañía, ni siquiera para presenciar su propia boda.

Asió con fuerza la manga del chaleco de su padre.

—Prométeme que no lo matarás, o le advertiré de lo que intentas hacer.

Su padre la miró fijamente.

—Bien. —Enderezó el candelabro y pateó las velas caídas debajo del faldón del altar. Una sonrisa cruel se le dibujó en las crudas y huesudas facciones. Una sensación de inminente terror recorrió el cuerpo de Meiriona, sofocándola como un manto.

EL MAESTRO DEL PLACER

—No olvides tu deber, hija. —Volvió rápidamente al escondite detrás del biombo. La cota de malla tintineaba a cada paso.

Meiriona se irguió en el banco. Al adoptar una postura tranquila, las terminaciones nerviosas del rostro se le tensaron a flor de piel. Se sintió como un trémulo conejo forzado a ser el cebo mientras los cazadores esperan al hambriento predador.

Su prometido llegó a la puerta dando rítmicos pasos largos. Una araña se escabulló para evitarlo cuando pasó agachándose por el marco de la puerta demasiado bajo para él.

Meiriona dio un grito ahogado. Todo su cuerpo estaba pendiente del cambio que la presencia de su prometido causaba en el aire. La luz del sol se colaba detrás de su figura y lo hacía ver como un ángel: hermoso, masculino, poderoso y peligroso.

Entró en el santuario y a ella se le secó la boca.

Estaba vestido con ropas de boda y espuelas de caballero plateadas y brillantes. Era el hombre más imponente que había visto en su vida. Un chaleco azul con bordados amarillos le acentuaba los anchos hombros. Las calzas y las botas altas revelaban largas y musculosas piernas. Grandes y ásperas manos frotaban un par de guantes de montar a la altura de una delgada cintura. La culpa colmó su conciencia cuando cayó en la cuenta de que él no llevaba espada.

Una cabellera negra y descuidadamente cortada le llegaba a la altura de los hombros y enmarcaba sus rasgos angulares. Una nariz aristocrática y oscuras cejas le daban un aspecto abrumador, pero los ojos destilaban inteligencia y profunda sensualidad. Unos labios carnosos le suavizaban el rostro.

¿Qué se sentirá al ser besada por esos labios? Tragó saliva. El corazón le galopaba en el pecho. Deseaba poder quitarle los ojos de encima.

Él la miró expectante.

—¿Lady Meiriona?

Ella sintió el corazón en la boca y contestó con voz ronca.

—Sí.

JESSICA TRAPP

Él se inclinó en una reverencia.

—Godric de Montgomery. —Con un movimiento de su brazo musculoso señaló la capilla adornada—. ¿Por qué estás a solas en la oscuridad? Vamos a unirnos en matrimonio.

A Meiriona le temblaban las manos ocultas en los pliegues de la falda.

—No puedo contraer matrimonio con un partidario de la casa de York —dijo en un hilo de voz.

—¿Qué has dicho? —Dio un paso hacia adelante y se acercó a ella. Una arrogante masculinidad dominaba el espacio entre ellos—. No te he oído.

Meiriona se aclaró la garganta y suprimió el deseo de saltar del banco y huir. Aun sin espada, parecía capaz de arrancarle el corazón a uno.

—Mis disculpas, señor. Ser la novia me pone tensa. —Desvió la vista para ocultar la mentira.

Al hacerlo, posó la mirada en una gran estatua pintada de Jesús situada entre las sombras. Los ojos fijos la condenaban y contuvo el aliento. ¿Realmente necesitaba Dios la gran cantidad de dinero que su padre había pagado para sobornar al párroco y anular el acuerdo matrimonial?

—¿Dónde está la celebración de esta boda? —La gruesa voz de Godric cortó en seco sus pensamientos.

Volvió la mirada hacia él. Unos ojos azules como la medianoche, enmarcados en pestañas negras de pirata, la observaron.

Con el corazón palpitante, miró furtivamente el escondite de su padre.

—Estarán aquí pronto.

El caballero asintió, satisfecho con la escueta respuesta.

—No esperaba que la heredera de Whitestone fuera tan hermosa.

El estómago le dio un respingo ante el cumplido. Estaba segura de que sólo el diablo mismo podría ser tan seductor.

—Señor, le ruego. No diga esas cosas.

EL MAESTRO DEL PLACER

—Pues es la verdad. —Extendió la mano y los músculos del brazo que blandía la espada danzaron cuando la alcanzó.

Ella se humedeció los secos labios fascinada por el tamaño de los músculos de su brazo. Era largo, moreno y seductoramente poderoso.

La tomó de la mano y rió entre dientes.

—¿Te agrada lo que ves? —El ronco tono de voz sonaba lleno de excesiva confianza.

—No, no me agrada —mintió con las mejillas enrojecidas. Sabía que el tenue maquillaje rojo que llevaba no ocultaría su rubor. Selló los labios con irritación. No era una cobarde libertina que se ruborizaba y tartamudeaba cada vez que un hombre le decía un cumplido. Deseaba soltarse de la mano pero no se atrevió. Él podría sospechar.

Él le guiñó un ojo, sonrió pícaro e ignoró la mentira. Era como si compartiesen un gran secreto. Él parecía poder leer los deseos más profundos de Meiriona, ver a través de su modesto vestido verde y de su enagua amarilla debajo.

—Pequeña —murmuró acercándose—, no debes sentir miedo de los deseos privados entre un hombre y una mujer.

Ella tembló. Él olía como a lluvia fresca, el viento salvaje y el reconfortante humo de una hoguera. Sintió un ardiente deseo por lo imposible.

—Esto no está bien. —le susurró, aunque más lo dijo para sí misma.

Godric acarició la punta de los dedos de Meiriona con sus manos ásperas y un hormigueo le recorrió el cuerpo por ese traicionero deseo.

—Nada puede ser más correcto entre un hombre y su esposa.

Ella desvió la mirada. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho por la guerra que se desataba entre sus deseos más privados y la lógica y la lealtad.

—Todo estará bien entre nosotros, pequeña. —Le tomó la mano y la besó con labios suaves como brezo de primavera.

JESSICA TRAPP

Meiriona se echó para atrás como si se hubiese quemado, pero él le sujetó la mano con fuerza.

El débil chirrido metálico de la espada de su padre al salir de la vaina cruzó el aire del calmo santuario.

Godric miró hacia atrás.

Propinando un grito de guerra, su padre salió de un salto del escondite, blandiendo la espada. Un instante después, soldados armados irrumpieron en la capilla y los rodearon.

Meiriona saltó hacia adelante cuando su padre arremetió contra su prometido.

Godric la empujó detrás de su propio cuerpo para protegerla del peligro. Sacó una pequeña daga de la bota y la levantó listo para la pelea. Su padre avanzó. La punta de la espada iba directamente dirigida al corazón de Godric. Los hombres se agolparon en la capilla. Todos blandían espadas. El olor del cuero y del sudor era más fuerte que el aroma del incienso. ¡Dios mío! ¿Qué había hecho?

Meiriona se deslizó colocándose entre su padre y Godric.

—¡No, padre! ¡Debe de haber otro modo de lograr el mismo objetivo!

La mirada de Godric se clavó en ella.

—¿Lograr el qué?

Miró a su padre y nuevamente a Godric.

—No puedo contraer matrimonio contigo. —Tocó el antebrazo de Godric suplicándole en silencio que comprendiera.

—¡Mi hija nunca contraerá matrimonio con un bastardo!

La expresión de Godric mutó de confusa a descreída.

—¿Cómo?

Ella tembló bajo su mirada y se volvió hacia su padre.

—Esto no es...

—¡Silencio, hija!

La luz del sol rebotaba en las espadas alzadas de los hombres causando un arco iris de luces danzarinas que tintineaban en el altar.

EL MAESTRO DEL PLACER

La mirada de Godric, fría como el pico de Snowdonia, se posó sobre ella. Llevaba ira y tensión sobre los hombros.

—¿Quieres decir que has estado aquí en la oscuridad como cebo? —La sujetó con más fuerza. La cortesía desapareció de sus ojos azules de medianoche y fue reemplazada por la cautela de un lobo acorralado.

—No he tenido opción.

—¿Qué no has tenido opción? —bramó.

Se encogió. La sangre de su prometido estaría en sus manos si él elegía pelear. Un solo hombre no tenía ninguna posibilidad ante tantos caballeros armados.

—¡Por favor, sólo firma los papeles!

—¿Qué papeles?

—Para romper el compromiso matrimonial. Mi padre ya los ha conseguido.

La fuerza de la ira en los ojos de su prometido casi logra hacerla caer sobre el banco.

—Eres mía —declaró, tan calmo que parecía estar gritando. Se movió con los reflejos de rayo propios de un guerrero y la sujetó de la cintura empujándola hacia él.

Ella aterrizó contra el cuerpo de su prometido. La cabeza no le llegaba a la altura de los hombros anchos de él.

Su padre bramó y se lanzó hacia adelante.

Ella sintió la hoja fría e inflexible de la daga de su prometido rozándole la espalda, lo que mantendría a su padre alejado. Apretada contra el cuerpo de Godric, sintió su ira al latir fuertemente ambos corazones uno junto al otro. Con mirada desafiante hacia su padre, le quitó la toca de la cabeza a Meiriona y la besó audazmente. Su pesada cabellera roja se derramó sobre ella, sobre los hombros y por la espalda. La lógica indicaba que se resistiera, pero la boca de Godric la reclamaba quemándola al tacto.

Los labios de su prometido no eran tan suaves como lo habían sido en la palma de su mano, pero sí eran desafiantes y severos. Sin embargo, su aliento era dulce como el aguamiel.

JESSICA TRAPP

Una oleada de calor incómodo le recorrió las extremidades cuando la lengua de Godric dio un latigazo en sus labios exigiendo ingresar en su boca.

Vagamente, escuchó a su padre rugir a lo lejos. El brazo de Godric se tensó y el cuchillo presionó su espalda. Luego, el tiempo se lanzó vertiginoso y ella perdió la noción de lo que sucedía. Sólo sentía la boca de su prometido y ese deseo poco práctico que le reclamaba su alma.

Abruptamente, la apartó.

Sin aliento, intentó reordenar sus pensamientos, pero parecían estar tan enmarañados como su cabellera. La mirada de su padre se posó en ella, condenándola. La deshonra le quemaba las mejillas. No había siquiera luchado para liberarse de ese beso.

Godric la escrutó como si la hubiese reclamado para sí.

Ella estiró los dedos para limpiar la ferocidad del rostro de su prometido. Él irradiaba ira y su valor se disipó. Meiriona dejó caer la mano de lado, sin vida.

—Sácalo de aquí —dijo ella con un hilo de voz, librándose de él de un tirón. Meiriona se escabulló de la capilla como una cobarde, llevándose por delante la telaraña en su huida. Largos hilos de la red flameaban en su cabellera al salir corriendo hacia sus aposentos.

—¡Volveré por ti! ¡Eres mía! —Su voz la alcanzó hasta el jardín—. ¡Pagarás por esto!

Cinco años después. Una prisión en Turquía.

El dolor despertó a Godric Montgomery lentamente. Sabía que todavía estaba vivo porque le latían las sienes y escuchaba un zumbido agudo en los oídos. Maldijo por eso. Era preferible enfrentarse al diablo en el infierno que soportar la vida de esclavo que llevaba en ese momento.

—Levántate, patán —dijo la voz de una mujer desde la oscuridad. ¿Meiriona?

EL MAESTRO DEL PLACER

Se sucedieron varios pensamientos en su mente: la capilla, su prometida, su padre, la traición, luego una embarcación y la celda de esclavos. Pero era tan imposible atrapar los pensamientos como lo es atrapar neblina con las manos. Intentó abrir los ojos, pero uno estaba tan hinchado que le resultaba imposible y con el otro sólo podía ver un halo de luz fino de la tenue luz de una antorcha.

—Despierta, canalla. —Un pie lo empujó por las costillas y le disparó un rayo de dolor en el pecho.

Giró la cabeza de lado y sintió en sus labios el sabor de la suciedad del suelo de la celda de prisión. Escupió para deshacerse del gusto de mugre mezclado con sangre e hizo un esfuerzo por hablar.

—¿Meiriona? —dijo con voz rasposa y las palabras se sintieron como grava en la garganta.

La realidad regresó a su mente como un aluvión. No, esa voz de mujer no podía pertenecer a la pequeña confabuladora y maldita perra que lo había vendido a esa vida de esclavo. Su prometida, maldita sea su alma oscura, se encontraba a un océano de distancia, seguramente recostada en una cálida cama de plumas mientras él se pudría en ese frígido e implacable suelo de una prisión turca.

—Tu dama no podrá ayudarte.

¿Meiriona? ¿Su dama? Sí, era verdad, pero no en el sentido que esa mujer suponía. Él le haría pagar a Meiriona por los últimos cinco años de sufrimiento. El deseo de venganza le quemaba más que la agonía de su cuerpo.

Se puso de rodillas y se vio desnudo. Le dolía la espalda. Cada movimiento le quemaba de dolor.

¿Cuántos latigazos le había propinado el encargado de los esclavos esa vez? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Había perdido la cuenta después de los treinta y se había desmayado bajo los constantes azotes.

—Apresúrate. Los guardias estarán aquí pronto.

Sacudió la cabeza para despejar las telarañas, cerrando los ojos por el dolor que le causaba tal movimiento. Entrea-

JESSICA TRAPP

brió un solo ojo y miró a la mujer. Era de mediana estatura. Un velo negro le cubría el cabello y le oscurecía el rostro. Un largo vestido negro le cubría todo el cuerpo excepto las manos. Flotaba ante él. Un demonio negro con una solitaria vela iluminando su camino al infierno.

—¿Quién eres?

—Mi nombre no es de tu incumbencia. He sido enviada por la Princesa Nadira.

—¿Nadira? —Una punzada de incomodidad le erizó los cabellos de la nuca. Su amorío con Nadira era la causa de los pasados cuatro meses de tortura en ese agujero subterráneo del demonio.

Antes de aquello, había sido simplemente un esclavo en el palacio del sultán, cosa que aborrecía. La Princesa y sus doncellas lo habían encontrado como una novedad, una distracción al aburrimiento causado por demasiada riqueza y placer. Lo habían llevado a ellas secretamente en la madrugada. Habían jugado con él hasta el punto en que se sintió más un caballo de los establos que un hombre.

Maldita sean esas traicioneras mujeres. Les había dado placer y ellas, a cambio, lo habían mandado al potro de tortura.

Godric se frotó el pecho dolorido con la mano. El vello le había vuelto a crecer durante los pasados meses. Anteriormente, las mujeres le habían aplicado una mezcla de azúcar y cera de abejas para arrancárselo de raíz antes de untarlo con aceite. No le era de mucho consuelo, pero por lo menos estaba volviendo a ser un hombre.

—La Princesa Nadira le desea buen viaje.

Rió amargamente.

—¿De verdad? ¿Me desea buen viaje después de acusarme de violación y enviarme con esos perros para que me azoten?

La mujer chasqueó la lengua.

—Nadira es una princesa. Y usted —se corrió el velo del rostro y escupió en el piso—, usted es un canalla. No tenía derecho a tomarla como si fuese una de sus prostitutas inglesas.

EL MAESTRO DEL PLACER

Se levantó de un salto y, tomándola de la muñeca con un puño fuerte, le dijo:

—Cuidado con lo que dice o le arranco la lengua de cuajo aquí mismo. No tengo nada que perder.

Ella se estremeció y se corrió el velo para ocultarse el rostro.

—La Princesa me envió a liberarlo —le dijo arrojándole las palabras como si fueran una maldición—. Si me hace daño, morirá aquí con sus excrementos como única compañía.

Godric aflojó el puño que sujetaba la muñeca de la mujer.

—¿Nadira la envió a liberarme?

Asintió con la cabeza como si el pensamiento le resultara repugnante.

—En su lugar, hubiese dejado que su cuerpo se pudriera aquí, pero la Princesa tiene otros planes.

—¿Dónde está la Princesa ahora?

—Durmiendo en su cama. ¿Eres tan arrogante como para pensar que ella misma vendría a despedirte? No eres nada para ella.

Godric no dudó de la veracidad de aquel comentario. Sólo había sido un juguete para ella. Un juguete que se descarta fácilmente cuando se vuelve molesto.

—¿Por qué me libera?

—Será ejecutado en la mañana. —Se zafó del puño y giró abruptamente—. Sígame o morirá. Me da lo mismo.

Ella empujó las barras metálicas de la puerta de la celda.

Sin llave.

Quizás la mujer decía la verdad. O quizás era una trampa. Sostuvo la puerta abierta, señalándole con un movimiento de cabeza que lo siguiera, pero él la miró con recelo. Sólo un tonto confiaría en las mujeres. Y ya no era un tonto.

¿Habría un infierno peor esperándolo si la seguía? Se plantó con los pies fijos en el suelo irregular, sin hacer caso a su desnudez.

—Si no le importo a Nadira, ¿por qué me libera?

JESSICA TRAPP

—Un esclavo no debe cuestionar las decisiones de mi señora. Pronto se aclararán sus dudas.

Él posó la mano sobre el hombro delgado de la mujer y la amenazó nuevamente diciéndole:

—Traicióneme, y la mataré antes de que puedan capturarme.

—Máteme y no volverá a ver su maldita Inglaterra nunca más. Suélteme, canalla. Le traje unas ropas.

No tenía opción. Si se quedaba allí, moriría sin duda; olvidado en una asquerosa celda bajo el palacio del sultán. Que lo llevase el diablo si era lo suficientemente tonto como para volver a confiar en una mujer.

La siguió a un vestíbulo que olía a humedad dejando atrás las barras metálicas de la celda. Cada movimiento le causaba dolor. Se encorvó para atrapar un bulto que estaba apoyado contra la pared de piedra y que le había sido arrojado.

—Póngase estos.

Obedeció rápidamente. Los pantalones sólo le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas de sus largas piernas, y la camisa le quedaba demasiado ajustada a la altura de los hombros. El lienzo se pegó a la sangre coagulada en su espalda, pero no se quejó.

Cuando hubo terminado de vestirse, ella asintió en señal de aprobación. La oscuridad se cerró en torno a ellos cuando caminaron en silencio por el frío, húmedo y extenso pasillo subterráneo. Unas cucarachas negras huían al paso de Godric y la mujer cuando doblaban las esquinas. Goteaba agua de los techos con un eco extrañamente sonoro. El aire era fétido y viciado.

De tanto en tanto, a lo largo del pasillo se veían otras celdas cavadas en la piedra y protegidas con barras de metal. Esqueletos yacían en varias de ellas. Las ratas mordisqueaban lo que quedaba de carne en los huesos.

Finalmente, Godric y su silenciosa guía ingresaron en un vestíbulo donde las piedras desiguales del suelo comenza-

EL MAESTRO DEL PLACER

ban a subir y el aire era más fresco. El último tramo lo recorrieron a gatas, pero finalmente lograron salir de las catacumbas a la acogedora noche iluminada a la luz de la luna.

Godric inspiró el aire nocturno. Había un aroma a jazmines frescos en la brisa.

Libertad.

Hacía cinco años que no saboreaba la libertad. Quería deleitarse como un hombre hambriento saborearía un festín.

Los esperaba un hombre solitario a caballo. Sostenía las riendas con una mano y un bulto de harapos con la otra.

Con un movimiento brusco, la mujer tomó una bota de agua de la silla del caballo y la lanzó a las manos de Godric.

—Lávese las manos, canalla asqueroso.

Godric la miró con recelo pero obedeció.

Ella le dirigió unas palabras rápidas en árabe al jinete. Éste se bajó del corcel y le entregó el bulto a la mujer quien a su vez, se lo entregó a Godric.

—Ésta es la razón por la cuál ha sido liberado.

Godric tomó el bulto. Se sentía pequeño y cálido entre las manos.

—¿Qué es esto?

El harapo superior se corrió hacia un costado y un bebé arrugado y rozagante lo miró.

—¡Por la sangre de Cristo! —Casi deja caer al bebé de la sorpresa—. ¿Me estás entregando un bebé?

—Es tu hija —acusó la mujer.

—¿Mi —arrugó el entrecejo y sostuvo con fuerza al bebé, con temor a romperla— hija?

—¿Eres estúpido? ¿No sabes cómo el sultán descubrió vuestro amorío con la Princesa?

Godric no podía apartar los ojos del bebé. No pesaba casi nada.

—Estuve preso en las catacumbas. Me he enterado de las acusaciones de la Princesa, no de su embarazo.

—No puedes culpar a la Princesa por tu encarcelamiento. Sólo hizo lo que debía.

JESSICA TRAPP

El bulto se retorció y el bebé arrugó la nariz. Su pequeño cuerpo cabía en la palma de la mano. ¡Dios! ¿Que sucedería si la dejaba caer?

La acercó a su pecho. Pero, ¿y si la estaba sosteniendo con demasiada fuerza? Madre de Dios, nunca antes había sostenido a un bebé en los brazos. ¿Cómo se supone que uno debe hacerlo?

La niña cerró los ojos y se quedó profundamente dormida, en paz, confiada. ¿No había jurado hace unos instantes que todas las mujeres eran confabuladoras y traicioneras? Se había equivocado. Esa niña no tenía maldad. Era preciosa. Se sentía... intimidado, humillado. La niña era un pequeño pedazo de cielo en medio del infierno.

Volvió la mirada a la mujer.

—¿Qué significa esto?

—Regrese a su maldita Inglaterra. Llévate su hija bastarda.

¿Bastarda? ¿Cuántas veces antes lo habían llamado así a él mismo? El dolor le cruzó el pecho, sintiendo su fracaso. Se había prometido nunca engendrar un niño fuera de un compromiso matrimonial precisamente por esa razón. Y allí, acunada en sus brazos, estaba la prueba de su deseo egoísta.

Lo invadió una oleada de sentimientos de protección y posesión. Ésa era su niña.

Su niña.

Debía llevarla a Inglaterra, conseguirle un lugar seguro en el mundo. Le dolió el pecho, exactamente en el lugar donde estaría su corazón si hubiese tenido uno todavía. Pero se lo habían arrancado hacía un largo tiempo.

No, no podría llevarse a su hija. Ya le había fallado una vez por su egoísmo; no le fallaría de nuevo.

—La niña pertenece a su madre. —Sabía que debía devolver la niña a los brazos de la mujer.

Sin embargo, no lo hizo. En su lugar, la acercó a su rostro e inspiró su dulce aroma de niña.

EL MAESTRO DEL PLACER

La mujer se encogió de hombros.

—Llévate a la mocosa o déjala aquí en el suelo para que se la coman los lobos. No me interesa. Una bastarda no puede ser criada en el palacio. —Se giró hacia el hombre que había estado montado en el caballo—. Ven, ya hemos cumplido con lo que la Princesa nos ha encomendado.

Godric los siguió con la mirada mientras caminaban de regreso al palacio, dejándole el caballo con las riendas colgando hacia el suelo. Era un hombre libre; sin embargo, sentía el corazón más encadenado que nunca.

—¡Esperad! —gritó—. No sé su nombre.

La mujer y el hombre no se volvieron, aunque estaba seguro de que lo habían escuchado. El caballo relinchó levemente y lo tocó en el hombro con el hocico.

Dio unas palmadas al animal y sintió el confort del cálido pelaje. De todas las cosas que le habían sido privadas en los pasados cinco años, quizás era su caballo lo que más había extrañado.

Su prometida lo había llevado a una vida sin futuro. Esclavitud, encarcelamiento, y ahora, libertad. Se deslizó cuidadosamente en la silla de montar, sujetando a su hija.

La niña despertó y se acomodó en su pecho, abriendo la boca. Se instaló en su corazón un miedo que nunca antes había sentido.

—¡Jesús! No tengo pechos para darle su leche.

¿Cómo la alimentaría?

Acarició la cara de la niña y ella se aferró a uno de sus dedos, succionando tan fuertemente que se le hundieron las mejillas. Él suspiró aliviado cuando la beba cerró los ojos y el cuerpo liviano se relajó en sus manos.

¿Por qué Nadira le había entregado el bebé? Miró las dos siluetas que desaparecían hacia las torres del palacio. Sus formas eran ahora oscuras y confusas.

Viró el caballo hacia el oeste, de espaldas al sol naciente.

—¿Qué piensas tú, caballo? Quizás, así son las mujeres. Sólo se interesan por ellas mismas.

El caballo relinchó en señal de acuerdo.

—Sí, pero así no soy yo —Cubrió el rostro de su hija con una parte de la manta y la acercó a su pecho. Le dio un rodillazo al caballo, que comenzó a trotar. Estaba decidido a conseguir alimento para su hija.

—Tengo tierras en Londres, hija —susurró, saboreando la dulzura de la palabra «hija» en su lengua—. Me fue robado todo por una prometida infiel, pero lo recuperaré para ti. Y allí viviremos bien.

Nada le impediría tener lo que le pertenecía y cobrarse venganza de aquellos responsables por su esclavitud. Él había nacido sin futuro, sin familia. Su hija no padecería tal destino.